

Celia Paschero
MUCHACHA EN LA CIUDAD



Muchacha en la ciudad / El leopardo enjaulado. Celia Paschero

San Telmo

**Entreveo este mito de
balcones floridos de
ladrillos musgosos
de pastos que se atreven a las
baldosas
de hierbas florecidas
saliendo del pasado**

**Entreveo
en mi viaje por el Bajo
callejas desiguales
casas de tatarabuelos
amasadas con dinero
guardado en el colchón**

**Me demoro
en los descascarados frentes
olorosos
en los que la glicina
y los malvones
y la santarrita y
las higueras**

Espío el sol
que se filtra
jugando a la rayuela
por puertas canceladas
de hierros
trabajados como
puntillas

No me dejó hechizar

pág.13

por la luna
de serenatas con
guitarra a la muchacha
más linda del barrio
la de los ojos negros
y la piel aceituna
que fue mi madre

Paso de largo
por el cafetín de tangos
y música de taco de billar

Paseo mi mirada
por los altos mástiles
que asoman por
encima
de las tipas de Leandro Alem
señalando la noche
con amarillos
reflectores y me dejo
engatusar
por la sirena escalofriante
grave
como un hondo caracol
marino roja
exigente
como mi sangre

del puerto
eludiendo viejos trenes
enmohecidos
y el acre perfume
de parrilladas marineras

Desarmo mi cansancio
en un banco de la Costanera
para mirar el río
resignado de
mi ciudad

**Como un antiguo
amigo como un
pariente olvidado
como el último guerrero del
Paraguay como mi abuelo
ya polvo de
recuerdos la
ciudad
vestida de negro
con capote y alta galera
de mateo
me toma por los
hombros se sienta a
mi lado
saluda la juventud de mis
huesos y me cuenta
al oído
mientras los álamos callan su
música el secreto mítico
lo que ya es fábula para
nosotros de San Telmo**

A un poeta joven de Buenos Aires

Qué música
pondríamos a tanta voz
que llora
a tanto
desaliento

Sólo a veces asoma a tu
poesía una calle de Buenos
Aires con el sol oblicuo
el gris de un edificio
y un poco de pasto
verde para la purga
del perro vagabundo

A veces te reclinás
sobre tu cafecito
quejumbroso y añoras a
Discépolo y a Carlos ahora
que ningún poeta culto
te refleja

Todavía apegado
al arrabal
de infinitas paredes
rosa y glicinas
todavía llorando
a la muchacha que prefirió
una luna de enfrente

En vano Buenos
Aires brilla cada
mañana con un sol
limpio
por Corrientes
en vano hay lunas de verano
como amarillos girasoles
rodando

a cada uno de tus pasos
desmoronados vencidos
antes de cualquier lucha

Buenos Aires espera
a su cantor sonriente
un simple trovador del
empedrado que levante
testimonio
de tanta hermosa cosa
sin palabra

Un dolor cierto
clavado de verdad en el costado
sería suficiente
para el alto fervor de
catedrales

Si me hablaras
de tu cansancio real
después de cada día
sin dejar que se te deslizara
entrelíneas
el verso incomprensible
del último poeta francés o
inglés que te leyeron
o la lágrima de niño
que no supiste derramar a tiempo

Si concretaras tus
sueños en dos palabras
precisas que pudieran
entender las mujeres de
la feria
y los choferes de los colectivos

Si por tus versos pudiera
caminar como si se trataran
de las calles de Buenos Aires y no de
versos

**Si tu vuelo fuera más
breve que el de las
palomas de este cielo
menos vago
que tu sentir de
poeta fin de siglo**

**Si por fin descendieras a la
tierra a ésta que te ha
tocado en suerte**

**Si no forzaras mi
pensamiento a tanto
recoveco interior oscuro
y frío**

**Si te sacudieras
el mito de tu soledad**

**Si me hablaras de ti
pero pensando en
todos**

**Si me enseñaras a
respetar tu pena
por tu enorme
sonrisa me
encontrarías
sentada a tu misma
mesa
en el café de tu
costumbre leyéndote**

Celia Paschero
EL LEOPARDO ENJAULADO



Muchacha en la ciudad / El leopardo enjaulado. Celia Paschero

El leopardo enjaulado

I

Creo en la magia; creo en el misterio. No por escapismo. No porque me sienta abrumada por la vida y sin saber qué hacer con ella. Es un estado que me provoca, por el contrario, este hundirme cada vez más hondamente en la vorágine, o que nace de la contemplación de la vida en su persistente tarea de despedazarnos, cada día con más saña, y prolijidad.

Creo que el mundo será salvado por una nueva vigencia del espíritu. Creo que la poesía perdurará por un resurgimiento del misterio y de la magia.

Estas palabras son el laberíntico y oscuro preámbulo a un hecho mági- co-literario cuyas sutiles implicancias y ligazones deberás descubrir.

Viajo a Lima un claro amanecer de mi patria. Llego de tierras australes (más australes, me parecen al regresar, por su luz de caverna de hielo). Ven- go con un plan de estudio que no es más que el pretexto; el verdadero fin de mi viaje es romper el cerco de soledad, que inevitablemente mata al hombre en una ciudad monstruosa como Buenos Aires, con

La misma tarde de mi llegada del Cuzco, conozco a Martín Adán. Me advierten que Lima intelectual está viviendo el resurgimiento de este poeta, que rompe un silencio de veinte años con un canto a Machu Picchu. Me enamoro de esos versos que el propio Martín Adán me recita en la trastienda de la librería de Mejía Baca. Las palabras me llegan, arrastradas y lentas, desgarradas por la voz opaca y trágica de Martín Adán. ¿No he creado yo esos versos? ¿No fueron esas las palabras que me decía el Urubamba con su obsesivo retumbar, mientras yo subía jadeante la ladera del Huaina Picchu, a la búsqueda de la piedra más alta, que volviera más definitivo e inapelable mi suicidio?

He viajado sola a Machu Picchu. Nadie me dijo que eso equivaldría a la mordedura de una serpiente. Nadie me advirtió, al partir:

pág.71

—Te convendría llevar un amigo... Para el momento de la caída.

Machu Picchu no es el monumento funerario de una raza. No es un río lúgubre y unos cerros verdes. Machu Picchu es toda nuestra grandeza interior, cuidadosamente protegida por huesos y carne, puesta de golpe sobre la palma de la mano, como un gusanito transparente, mínimo y desamparado, que se nos cae sin remedio. Es una muerte inmensa, una Supermuerte, más grande de lo que la imaginamos en el miedo de nuestras pesadillas. Una Supermuerte que se traga todo nuestro tiempo y nuestro lugarcito junto al rescoldo de la vida, ganado a fuerza de llorar.

¡Claro que Machu Picchu es lo que dice Martín Adán! Yo, que para siempre he quedado enferma de la luna de esos cerros, escucho la buena suerte que me lee el poeta en sus versos; Machu Picchu, la gitana, le ha dicho su destino y el mío, y la muerte nos ha atrapado como a dos enamorados que ya sólo pensarán en ella, aunque Martín Adán crea que

Yo amo a la muerte. Desde niña la he buscado. Pero siempre había un amanecer para mi muerte-niña. Equivocaba los medios. Ingería sustancias que en lugar de perforar mis entrañas, las alimentaban. Todas las mañanas volvía a colocarme mi piel y mi desilusión, y transitaba mi nuevo día de siempreviva. Pero me aburrí de que mi juego sólo tuviera un ganador. De todas maneras, había otro camino, más lento pero inapelable, que me daría la victoria final.

Sin embargo, una irreconocible voz interior me sopla, en el corazón, la tentación magnética de conocer la ciudad secreta de los incas. No puedo explicar el porqué de ese deseo: tengo veinte años, y soy más inocente frente a mis recovecos interiores, que ante el mundo que me rodea. Debo esperar, aún, muchos años.

Ahora, casi en los treinta y tres, logro un viaje al Perú. ¡Machu Picchu! Sueño con tus cumbres que todavía no he visto, pero cuando llego, la realidad que tengo ante los ojos es más irreal que todas las imágenes soñadas.

Me pierdo entre las ruinas la noche en que subo para contemplar la luna. Las estrellas van asomando entre las nubes y yo, sentada en una piedra ta-

llada como un trono, procuro ubicar el Lucero de la noche y la Cruz del Sur, para tomarme del cable salvador de la ventana de mi casa en Buenos Aires, desde la que contemplo esas mismas estrellas. Nada me salva; ni el recurso del cielo. Mi vida anterior está tan lejos que casi no la recuerdo, y las piedras grises, fantasmalmente iluminadas por la luna, se parecen tanto a los huesos humanos que sólo siento pena por este descubrir que, con la muerte, hasta lo que más hemos amado, desaparece. ¿Por qué queremos olvidar? ¿Por qué nos parece un castigo la fidelidad de la memoria? Machu Picchu me reveló que es infinitamente más doloroso este núcleo interno que muchos hombres sólo descubren al morir y que únicamente siente indiferencia por cuanto pasa y nos pasa. Cuando bajé de esos cerros, supe que ya nunca podría contemplarme sino al costado de mi propia vida.

Fue esa, la de mi regreso, la tarde en que Martín Adán me recitó *La mano desasida*: su testamento y el mío: su dolor de vivirse y la revelación de mi destino: más triste que el leopardo encerrado en su jaula; porque soy humana y a veces me resultan claros los designios de Dios.